

MODOS DE VALIDACIÓN DEL TEXTO PERIODÍSTICO
DE MEDIADOS DEL SIGLO XIX EN CHILE

CARLOS OSSANDÓN B.

Doctor en Filosofía. Prof.
U. Arcis y de U. de

de
Chile.

* El presente artículo forma parte de la investigación Fondecyt n. 1940171. Agradezco la colaboración de los investigadores Luis Moulián y Carlos Sanhueza.

1. La prensa barricada

Si nos atenemos a su volumen, diversidad y bullicio, la prensa en la primera mitad del XIX fue principalmente política y polémica, de oposición, oficialista o "ministerial" (esta última una suerte de especie media entre el oficialismo y una relativa independencia). Esta prensa ocasional, ideológica y múltiple, se activó en función de propósitos políticos directos y específicos.

El Defensor de los militares denominados constitucionales (1830) tuvo como objetivo principal lo "que indica su título" (Prospecto del 26 de junio de 1830) y, más específicamente, la restitución de los derechos y de los empleos de los militares vencidos en Lircay. Este periódico alcanzó a tener 20 números. **El O'Higginista** (1831), contó sólo con 3 números. Tuvo de redactores a José Joaquín de Mora y José Francisco Gana. En un período de elecciones luchó contra la alianza entre Prieto y el Estanco, procurando además ganar prosélitos en favor de la vuelta del desterrado prócer. **Guerra a la tiranía** (1840) buscó combatir las "infracciones y abusos de ley cometidos por los gobernantes" (n.2, 4 de septiembre de 1840), la perpetuación del poder, la falta de transparencia de las elecciones, la militarización del país y, en general, toda tendencia despótica o arbitraria. Es claro que sus dardos iban dirigidos al gobierno "pelucón". **La Asamblea Constituyente** (1858) se propuso contribuir a la solución de la crisis que, según este periódico, vivía Chile, apelando a una convención extraordinaria tendiente a dirimir "todas las grandes cuestiones que dividen al país y amenazan desgarrarlo" (Benjamín Vicuña Mackenna. n.1, 29 de octubre de 1858).

Esta prensa política, de "lance y ocasión" como la denomina Ricardo Donoso, a ratos se diluye en el "panfleto" o en la falacia "ad hominem", en lo irónico o en lo burlesco. Habría que seguir la polémica entre **El Hambriento** y **El Canalla** (1827 y 1828; 10 y 4 números respectivamente) para constatar cómo, en un período de transición y de alineamientos móviles no solidificados doctrinariamente, lo que prevalece es la "descalificación al hombre" o el apodo, el epíteto o la caricaturización, la respuesta rápida o puntual, el atrincheramiento o la guerrilla, y no la crítica a las ideas políticas del adversario político. Los dos periódicos citados se consumen al interior de una contingencia política dentro de la cual surgen y con ella desaparecen. Se trata - dicen Marcela Cavada y Víctor Osorio - "de periódicos que abordan la lucha ideo-política en el marco de las condiciones del período, marcadas por la debilidad (e incluso inexistencia) de posiciones doctrinarias que informen y orienten la pugna social y política; por la inestabilidad de los alineamientos, alianzas y posicionamientos políticos; y por el cuadro general de "lucha de

todos contra todos" (por parafrasear a Hobbes) que caracteriza el tiempo social de su constitución" ⁽¹⁾. Otros periódicos pares tales como **El Philopolita** (1835) y **El Farol** (1835), **El Corsario** (1849) y **El Timón** (1849), cuyas existencias no son disociables, son una muestra más del carácter puntual o de circunstancia de una parte importante de la prensa post-independentista.

Esta prensa-parapeto no es todavía "consciente de sí" y se perfila dentro de un sistema comunicacional que no establece demarcaciones entre lo político-ideológico y un campo cultural u organizativo propio. Su vínculo con la política (quiero decir con la actividad política) es directo y no está mediado por la resistencia que pueda ofrecer el propio dispositivo periodístico. Desde esta perspectiva, es una prensa "orgánica" al poder, o a las grandes o pequeñas tareas políticas nacionales, o a los grupos e intereses que se disputan el escenario político. Al modo de una barricada, que se hace con material desechable o no, sirve principalmente para estorbar el paso del adversario o para defender posiciones. No es ella como tal un poder, capaz de exhibir un peso o un espesor propio, irreductible a su dependencia "orgánica". Esta prensa "simbiótica", que asocia simbiosis que más adelante problematizarán su vida en común, acusa un "intelectual" devaluado en su condición de tal, al límite inexistente, o al menos carente de unos soportes distintos a los directamente instrumentales. Es éste un activador o un coadyuvante, un ideólogo o un propagandista. En el Chile de las primeras décadas del XIX no ha nacido aún una subjetividad crítica y autorreferida, tampoco el narrador de hechos de actualidad o el "reporter".

2. La prensa doctrinaria

Desde otro ángulo, se puede sostener que buena parte de la prensa del período fue doctrinaria y escasa de noticias. Esta prensa de ideas, no exenta de pasión, se da muchas veces enrevesada con la prensa política y de circunstancia que describíamos más arriba.

Hay una primera prensa "patriota" y entusiasta. Ahí está la conocida **Aurora de Chile** (1812), que tocó una variedad de temas, y **El Monitor Araucano** (1813), más limitado a registrar actos y decretos oficiales. Según Ricardo Donoso, la prensa periódica chilena nace precisamente con "la necesidad de divulgar los

¹. Marcela Cavada y Víctor Osorio : Análisis de periódicos. "El Canalla" y "El Hambriento", inédito, Universidad ARCIS, Santiago, p. 13.

principios que servían de base a la revolución, y de instrumento a los nuevos gobiernos" (2).

En el período de la "Patria Nueva" emerge una prensa que busca afianzar el nuevo sistema republicano, acomodando las doctrinas o los elementos jurídico-políticos capaces de reemplazar el dogma de la majestad real y de servir de base para la Independencia. La **Gaceta de Santiago** (1817), **El Argos de Chile** (1818), **El Sol de Chile** (1818) y **El Telégrafo** (1819), entre otros, se ubican en esta línea (3).

Dentro de este modelo doctrinario, otras dos publicaciones importantes, aunque muy diferentes entre sí en cuanto a sus opciones, se pueden mencionar. Por un lado, **El Valdiviano Federal** (1827), de José Miguel Infante, volcado a la defensa de libertades, a la difusión de nuevos reglamentos constitucionales, a la crítica a una noción unitaria del Estado o a la propuesta de una constitución federal. Por otro lado, **La Revista Católica** (1843), autodefinida como "periódico filosófico, histórico y literario", que tuvo como objetivo primordial la divulgación y defensa de los principios de la religión católica. En la línea apologética son suficientemente contundentes los números (desde el n. 30 hasta el n.46) dedicados a combatir los "errores" religiosos y morales, "heréticos, protestantes, inmorales y subversivos" (n. 30, Santiago, 18 de junio de 1844) del artículo "Sociabilidad Chilena" de Francisco Bilbao, publicado en el número 2, tomo 2 de **El Crepúsculo**.

Mientras en **El Valdiviano Federal** discurre un sujeto no capitalino (inicialmente se publicó manuscrito en la ciudad de Valdivia) que interviene en la arena política con una propuesta que busca una nueva organización de un Estado-nación que está por hacer, **La Revista Católica**, más reconcentrada y universal, agencia verdades o revelaciones que cree necesario resguardar en aras de su valor intrínseco y social. Desde perspectivas obviamente distintas, ambos sujetos se reconocen en su común propósito de explayar las bases o a priori de sus respectivas posiciones. Si para **El Valdiviano Federal** lo que mueve dicha fundamentación es la reforma política o, como él mismo sostiene, aquellas "materias que dicen

². Ricardo Donoso : "Veinte años de la historia de "El Mercurio"", Revista Chilena de Historia y Geografía, Tomo LIII, n. 57, abril-junio 1927, p. 229.

³. Cfr. Pedro Guajardo O.: Ideas políticas en los antiguos periódicos chilenos. Memoria para optar al título de Profesor de Historia, Geografía y Educación Cívica. Universidad de Chile, 1968.

relación a la organización del país" (n. 5, 4 de enero de 1828), para **La Revista Católica** lo es el esclarecimiento de las verdades reveladas

y de la moral. En aquellas cuestiones estimadas decisivas, estas publicaciones no sólo se oponen, desde distintos puntos de apoyo, a cualquier epoché o suspensión del juicio. Ambas quedan enteramente acaparadas por dichas cuestiones.

3. La prensa cultural, científica y literaria

Las publicaciones que se editan durante la primera mitad del siglo XIX, de carácter científico, cultural y literario, no calzan del todo dentro del modelo "doctrinario" descrito, aun cuando mantengan relaciones.

En la línea de **El Mercurio Chileno** (1828), de José J. de Mora, en 1842 salió a luz **El Museo de Ambas Américas**, editado en Valparaíso, bajo la dirección de Juan García del Río - quien había trabajado con Andrés Bello en dos publicaciones londinenses de la década de 1820. **El Museo** se fijó el propósito de dar a conocer materiales elaborados en los centros culturales más adelantados, instruir y difundir conocimientos y progresos en variados ámbitos, e incentivar nuestra incorporación a todo esto. A través de textos escogidos, y más extensos que los conocidos en otras publicaciones, buscó separarse de aquellos periódicos que sólo "satisfacen las necesidades del momento" y también de esos llenos "de una polémica personal, más o menos acre" (Prospecto, 1 de abril de 1842).

Esta publicación hizo circular un sujeto que, interesándose por cuestiones muy disímiles - desde la geografía de América pasando por la vacuna, la higiene, la agricultura o las cárceles, hasta los principios de la gramática general o el objeto de la ciencia histórica - logra unificarse en un rol de puente (por de pronto, entre América y Europa), de estímulo al cultivo de las ciencias, y de propagador de las nuevas cuestiones que se planteaban en los dominios citados. Este sujeto está interesado en defender ideas o en lanzar máximas (tiene una sección dedicada a esto), pero su tarea principal es incentivar búsquedas y sobre todo poner al día o divulgar filosofías, usos, nuevos descubrimientos, métodos científicos, etc.

En una línea más coyuntural y punzante, y sobre todo con una sensibilidad "literaria" más aguda, aun cuando conserven el carácter misceláneo de **El Museo**, se editan también en 1842 la **Revista de Valparaíso**, de Vicente Fidel López, y **El Semanario de**

Santiago, expresión del movimiento literario que se inicia ese año. La primera de ellas en su número 4 señalará que en el siglo XIX "ha comenzado una revolución que ha cambiado la faz y las leyes de la literatura moderna", refiriéndose con ello a la nueva escuela romántica (Vicente Fidel López : "Clasicismo y romanticismo"). La

segunda verá en esto más bien ampulosidad y moda (Salvador Sanfuentes : "Romanticismo"). Son éstas las primeras manifestaciones de una intensa polémica que trascenderá el ámbito de estas publicaciones y comprometerá a conocidos escritores argentinos y chilenos.

La aparición de éstas y otras publicaciones "literarias" (que trascienden el plano puramente "imaginario"), animadas por la Sociedad Literaria del 42, los artículos de Sarmiento y López en **El Mercurio** y en la **Gaceta del Comercio** (1842), así como las publicaciones de Juan García del Río, Andrés Bello y Francisco Bilbao, etc., hacen decir a Alfonso Valdebenito que "entre los años 1842 y 1846 el periodismo chileno es virtualmente de carácter literario, como consecuencia lógica del formidable impulso que el romanticismo dió a nuestra incipiente vida intelectual en razón de encontrarse ya la República cimentada sobre sólidas bases" (4).

Para la consciencia de sus actores es éste un momento cultural o literario nuevo, de tipo fundacional, de características diferentes a la vertiente ilustrada de la emancipación política. Según Bernardo Subercaseaux, ciertos rasgos de las sesiones de la Sociedad Literaria, como su seriedad y solemnidad, "revelan, por encima de lo anecdótico, una determinada conciencia histórica, conciencia de pertenecer a una generación predestinada, decisiva, a una generación adánica que en una fase de nuevo ecumenismo se siente llamada a participar en las vicisitudes creadoras de la historia". Los miembros de esta Sociedad, continúa Subercaseaux, "se sienten responsables de una tarea tanto o más importante que la de los padres de la Patria : se trata de la fundación de la nación y, simultáneamente, de la fundación de su literatura" (5). Es este sesgo "inaugural", exento de humor y normativizado, el que comenzará a resquebrajarse dentro del propio mundo liberal y romántico a partir principalmente de **El Correo Literario** de 1858.

⁴. Alfonso Valdebenito : Historia del Periodismo Chileno (1812-1955), 2ª edición, Imp. "Fantasía", Santiago, 1956, pp. 59 y 60. Sobre el mismo tópico consultar Norberto Pinilla : 1842. Panorama y significación del movimiento literario, Ediciones de la Universidad de Chile, 1942, p. 19.

⁵. Bernardo Subercaseaux : Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX (Lastarria, ideología y literatura), Editorial Aconcagua, Santiago, 1981, p. 57. Del mismo autor : Historia del libro en Chile (alma y cuerpo), Editorial Andrés Bello, Santiago, 1993.

4. La prensa comercial e informativa

Sin embargo, como bien indica Raúl Silva Castro, **El Mercurio** de Valparaíso, creado en 1827, "se aparta desde el primer momento de los usos que hasta entonces habían sido habituales en la prensa chilena" (6). Su primer número, donde se relata un "suceso" que le costó la vida a un comandante de guardia a manos de un oficial de la marina inglés, da la pauta de una estrategia que se explicita y se consolida más adelante, centrada en la "noticia" y en la "objetividad". Estos nuevos elementos, junto con el "aviso" y el desarrollo de la vida comercial que sus páginas alientan, terminarán por arrinconar lo doctrinario al espacio reducido de la "editorial", creyendo despolitizar así el resto del cuerpo del periódico.

En un línea relativamente similar a **El Mercurio**, aun cuando en competencia con éste, habría que citar otro diario importante : **El Ferrocarril** de 1855, cuyo nombre ya sintoniza con los nuevos tiempos. Este periódico, al igual que **El Mercurio**, se insertará dentro de las nuevas leyes del movimiento del capital o del mercado moderno, a través de la noticia nacional e internacional, el hecho de actualidad y el aviso económico, sin que esto signifique que no se concedan también espacios para el folletín literario, para sucesos diversos y para opiniones políticas.

Según Eduardo Santa Cruz, estos dos diarios "son embriones que anuncian el nuevo tipo de prensa que se avecina. Ambos, son publicaciones que, a lo menos, se distinguen por dos características : en primer término, no pertenecen a un grupo político, sino que a incipientes empresarios y, en segundo lugar, ambos comienzan a poner el énfasis en contenidos de carácter informativo, antes que doctrinarios" (7).

Este nuevo periodismo irá definiendo funciones propias, diferenciadas del ámbito político-estatal, vinculadas a la información (también al juicio político y a la expresión literaria), a la publicidad comercial, a las demandas específicas

⁶. Raúl Silva Castro : Prensa y Periodismo en Chile (1812-1956), Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1958, p. 130.

⁷. Eduardo Santa Cruz : Análisis histórico del periodismo chileno, Nuestra América ed., Santiago, 1988, p. 29.

del mercado y de un público más amplio y heterogéneo. Cambios en la organización empresarial, una mayor independencia en su accionar,

una mejor capacidad informativa y una más pensada organización de sus páginas en secciones, así como los cambios tecnológicos y el desarrollo de nuevos sistemas de comercialización, habrían sido las condiciones principales a partir de las cuales la prensa decimonónica sustituye su inicial y saturante retórica política (⁸).

No obstante, no son los periódicos citados en este apartado los que marcan la primera mitad del siglo XIX en Chile. Se ha afirmado que la prensa política y polémica que hemos reseñado anteriormente se desarrolla sin mayores interrupciones hasta la década de 1840 aproximadamente. Según Elva Díaz "hasta el año 1842, se puede decir, dura la prensa vieja, aquella muy patriota, pero intolerante y rígida en materia religiosa y política, que no admitía razones del adversario ni tampoco reconocía los propios errores" (⁹). Es obvio que estos cortes no significan el derrumbe del momento anterior, que continúa.

5. La prensa estratega y fundadora

Por otro lado, durante el período previo a la década de 1840, y prolongándose evidentemente más allá de esta fecha, el **Araucano** de 1830 encarna un modelo distinto a esa "prensa vieja" que habla Elva Díaz. Este periódico semanal especificará sus funciones estableciendo un contraste directo con la prensa vocinglera o de barricada, instalando una nueva composición y estilo.

Según Raúl Silva Castro, al **Araucano** se le confió la tarea de

⁸. Cfr. Juan María Guasch, en Pierre Albert : Historia de la prensa, Ediciones Rialp, España, 1990, p. 164. También Julio Ramos : Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.

⁹. Elva Díaz A.: Veinte años de prensa chilena (1840-1860). Memoria de Prueba para optar al título de Profesora de Estado en la asignatura de Historia y Geografía e Instrucción Cívica. Universidad de Chile, 1939, p. 66.

"hacer la defensa y el esclarecimiento de las medidas gubernativas, en artículos ponderados, serios, escritos con circunspección y

elegancia de forma" ⁽¹⁰⁾. Un papel central en esta publicación cumple Andrés Bello, quien sentará cátedra sobre materias gramaticales, jurídicas, educacionales, históricas; redactará también reseñas bibliográficas, artículos de divulgación literaria, notas sobre expediciones científicas, etc. ⁽¹¹⁾. En oposición a una prensa que se engolfa "en ese borrascoso mar de debates originados por el choque de intereses diversos" (n.1, 17 de Septiembre de 1830), este nuevo periódico querrá salir del "espíritu de disensión", no fomentar rencores y quebrar con la lógica de partido o del "pequeño círculo". Buscará comunicar cuestiones relativas a la administración de los asuntos públicos y también noticias de otras naciones, explicar las decisiones del gobierno, proponer planes de reforma de las instituciones o el establecimiento de otras nuevas, dar cabida a artículos de interés cultural o científico, reproducir documentos oficiales, nombramientos, permisos, presupuestos, etc. Todo esto bajo un temple que desea lucir veraz y severo, apegado a principios y sin mordacidad.

Los rasgos indicados tienen su correlato en las propias exterioridades que ostenta su cuerpo. El formato en cuarto menor, las secciones permanentes, las 4 páginas y las tres columnas por página, componen por lo regular una estructura pareja y estable, sin fisuras importantes, que cuadra bien con una escritura clásica y fría, que no da pie a sobresaltos ni a intempestivas. Ciertos cambios ligados, por ejemplo, a la ausencia de Bello o a una redacción o estilo cada vez menos "personales", no alteran mayormente lo que sostenemos. **El Araucano** no cuenta con el dispositivo formal capaz de aguantar la publicación de la primera parte del **Facundo** de Sarmiento, que se inicia con un signo de exclamación ("¡Sombra terrible...") y la descripción de la "barbarie" : esas distintas formas de particularidad o tipos humanos que pululan la pampa ⁽¹²⁾.

¹⁰. Raúl Silva Castro : Op. cit., p. 167

¹¹. Una información más detallada se encuentra en Federico Alvarez O. : Labor periodística de don Andrés Bello, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1962.

¹². Como se sabe, este texto fue publicado por entregas en **El Progreso** de Santiago, a partir de 1845. Este diario de la capital, autodefinido como "comercial, político y literario", cuyo editor-redactor en dos períodos fue el propio creador del **Facundo**, tiene una distribución (que incluía folletines, correspondencia,

Siempre dentro de los límites del cuerpo del **Araucano**, digamos que su instalación o extensión permite actualizar, sin mayores pruebas, las tareas de racionalización y de unificación que dicho cuerpo respira por sus propios poros. La perfección o equilibrio de su formato, su cuidada impresión, la regularidad de sus secciones, su lenguaje comedido y, sobre todo, la confianza que sus páginas confieren a la letra y a la ilustración, a la corrección gramatical y ortográfica (todo esto muy visible en los celos y cuidados de Bello), constituyen el "rayado de cancha" del nuevo sujeto nacional y social que se busca inventar.

Desde el punto de vista de los objetivos que se trazó **El Araucano** (servir de apoyo a la construcción del Estado-nación o al asentamiento de las bases del nuevo sistema jurídico-político) la incorporación a un orden letrado y normado no era ciertamente secundario ; tenía que ver con las propias condiciones de las tareas trazadas. La consolidación y ampliación de un dispositivo con tales características aseguraba de suyo el cumplimiento de la voluntad racionalizadora y unificadora. No creo que haya que descubrir aquí una relación de causa-efecto. Se comprueba antes bien una complementariedad cuyo punto de conciliación no está fuera de los elementos textuales y no textuales que lo definen. Esta coherencia se quebrará más adelante en otros periódicos, cuando la dinámica modernizadora establezca un correlato con un dispositivo más disperso o heterogéneo, que supuso escrituras sectoriales o regionales y, sobre todo, inmediatez y concisión.

El Araucano no es, entonces, un periódico ilustrado más. Especifica y corporiza la nueva subjetividad republicana de esa primera mitad del siglo XIX. Desde esta perspectiva, supera una prensa "americana", ilustrada y divulgadora de nuevos conocimientos de derecho público, científicos o literarios (piénsese en la **Biblioteca Americana** o en el **Repertorio Americano** del período londinense de Bello). Ahora interviene en cuerpo y alma en la tarea de fundación u organización del Estado-nación. **El Araucano** forma parte constituyente de este proyecto, así como no es otra su estrategia.

La letra no es en **El Araucano** el dispositivo a partir del cual una intelligentzia va tomando consciencia de sí y de su poder para desde estas nuevas condiciones lanzar requisitorias al poder

efemérides, avisos y contra avisos, noticias varias, etc.) que se compagina mejor no sólo con lo narrado por Sarmiento (cuya fuerza expresiva o estética tan manifiesta en la descripción de la "barbarie" pudo desestabilizar el texto o los propósitos "civilizadores" del argentino) sino también con las nuevas y múltiples necesidades de una ciudad que, según cálculos del Prospecto de **El Progreso**, contaba ya con 80.000 habitantes en 1842.

político; la letra se define antes bien como un orden, una regla o un valor que se proyecta en el ámbito social y político, y que forma parte con éste de la misma voluntad racionalizadora y unificadora (¹³).

Más allá, entonces, de una tarea divulgadora o pedagógica, **El Araucano** establece vasos comunicantes fluídos entre su propia disposición organizacional y escritural y las tareas o voluntades que se transparentan en ella. Su carácter estratégico lo preña de pe a pa, y viene ya impreso en su propio órgano. Este carácter se asume, además, explícitamente, a través de una serie de políticas culturales o de "campañas" con objetivos específicos que **El Araucano** y Andrés Bello propiciaron. En su diversidad, todas estas "campañas" (gramaticales, jurídicas, históricas) se articulan bajo uno de los axiomas principales del dispositivo estratégico : la afirmación de Bello de que "todas las verdades se tocan" (**Discurso inauguración Universidad de Chile, 1843**). Es ésta una afirmación clave. Hace inteligible el esfuerzo por "desbarbarizar" y por unificar la diversidad de hablas. Esta voluntad unificadora busca también mitigar los conflictos entre los saberes dominantes (la religión y la ciencia, entre otros).

El Araucano es más que un instrumento puesto al servicio de un pathos homogenizador o racionalizador. Es, sobre todo, una maquinaria expresiva de las funciones que ejecuta, cuyos espacios dan cuenta de un "intelectual" que se autoriza en función del lugar desde el cual opera y de las tareas que se echa encima. Este sujeto tiene al Estado (al oficialismo o al "ministerialismo") como lugar o centro enunciativo. Allí ancla su racionalidad, sus criterios de verdad y pertinencia, y su propio rendimiento. Este sujeto proyecta esta posición o modalidad enunciativa en las tareas fundacionales u organizativas : desde el posicionamiento estatal busca colaborar en la tarea de "fundar" la nación, "integrar" lo que aparecía disperso o disfuncional, "homogenizar" y "extender" la información nacional e internacional, y "sentar las bases" culturales y políticas que dicha tarea exigía.

Estos son los referentes no cuestionados a partir de los cuales se articulan las relaciones básicas entre los saberes y los poderes, se produce prácticamente una verdad o una razón justa y se excluye el error o la imprudencia, se domestican los "micro saberes" o se los absorbe bajo el título genérico de "araucano", se pone a raya lo "informe" o "caótico" que amenaza el "cosmos" o "nuestro mundo" (Mircea Eliade). Estos referentes hacen circular también un "intelectual" más consciencia de todos que consciente de sí, más

¹³. Cfr. Angel Rama : La ciudad letrada, Ediciones del Norte, Hanover, 1984. También Julio Ramos : Op. cit. Estas dos obras son importantes fuentes de inspiración para el presente artículo. Me ha sido igualmente útil parte de la obra de Michel Foucault. Y de J. Habermas : Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública, 4ª edición, ediciones G. Gili, Barcelona, 1994.

público que autorreferido. Parafraseando a Luis Alberto Sánchez : más ceñido a códigos adultos (se refiere a Andrés Bello) que a hervores adolescentes (¹⁴).

Para conseguir todo esto había que escribir de la misma forma cómo se redactaban las leyes o ser tan solemne como los ceremoniales que

había que hacer valer en el teatro social. Era preciso, además, escribir en prosa y no en verso, como acostumbraban algunos de los periódicos de barricada, preferir el ensayo o la "prosa de ideas" y no el "cuadro de costumbres" o la "crónica", más familiarizados éstos últimos con el detalle pintoresco o con lo cambiante de la vida de la ciudad.

Habrá que esperar un tiempo para que en Chile se instale con más fuerza la ironía o la sonrisa distante respecto del dispositivo descrito, cuestión que estallará en la segunda mitad del siglo XIX con la prensa satírica y que tiene como punto de arranque significativo **El Correo Literario** de 1858. Habrá que esperar más tiempo todavía para que llegue la hora de la autopsia social radical, el balance crítico y la "sinceridad", cuestión que vendrá al comenzar el siglo XX con Luis Emilio Recabarren y Alejandro Venegas. **El Araucano** pertenece a ese "tiempo puro" de los orígenes y no conoce ni los desgastes ni los residuos.

6. La prensa racionante

En la segunda mitad del XIX, desde fines de la década de 1850, surgirá otro modelo de escritura periodística. Este nuevo modelo coexistirá con la prensa del período anterior, que se extiende diferenciadamente más allá de la primera mitad del XIX. Más aún : rasgos importantes de la prensa iluminista y educadora continuarán siendo esenciales en la prensa de nuevo tipo que vemos emerger a partir de la fecha indicada. Estos elementos de continuidad no oscurecen, sin embargo, los factores de discontinuidad y mixtura que dan pie a un nuevo arte factus.

Bajo la percepción de un Estado-nación más consolidado, y en el marco de una actividad política concebida menos fundacionalmente, la letra inicia un proceso de desprendimiento de aquellas funciones ante las cuales se vió conminada (redacción de leyes, constituciones, proclamas, doctrinas, etc.), abriendo al interior de su propio dispositivo un nuevo espacio de identidad. Hemos

¹⁴. Luis Alberto Sánchez : Vida y pasión de la cultura en América Latina, Ercilla, Santiago, 1935, pp. 91-92.

examinado en otro artículo el caso de **El Correo Literario** de 1858, quien reformula las relaciones comunicacionales "clásicas" entre letra y poder, dando cuerpo a un periodista-escritor que ya no es preferentemente un "especialista en la construcción institucional", usando una expresión de Sol Serrano ⁽¹⁵⁾.

Entre la figura "universal" y "central" que encarnó Andrés Bello y el escritor "ex-céntrico" o "modernista" del fin de siglo, se cuela

una otra : la del "literato-periodista" o la del "publicista" , cuya especificidad se jugará en la relación compleja que establece entre sus opciones políticas, sus propios productos escriturales y la consideración de un público hasta ahora ausente.

Responden a esta nueva figura personajes tales como los hermanos Arteaga Alemparte, Zorobabel Rodríguez y Manuel Blanco Cuartín, entre otros. Este nuevo sujeto no se confunde con el "reporter" que vendrá más adelante con la llegada del telégrafo y otras modernizaciones, tampoco con aquel reconcentrado que respondía al modelo doctrinario; carece, por otra parte, del grado de planificación y disciplinamiento propios del sujeto fundador, y tiene una vocación más pública o periodística que el "literato" de la generación del 42.

Esta nueva economía del discurso periodístico se expresa de dos maneras. En primer lugar, en una cierta (no toda, quiero decir) prensa "literaria" e "independiente", no exenta de vocación política y "periodística". Publicaciones tales como **La Semana** (1859) de los hermanos Arteaga Alemparte, **El Mosaico** (1860) de Jacinto Nuñez y Manuel Blanco Cuartín, **El Condor** (1863) o **El Correo Literario** (en sus tres épocas : 1858, 1864 y 1867) practican un procesamiento estético y muchas veces satírico de las actualidades, se interesan por las expresiones y el destino de la literatura nacional y desarrollan una función "raciocinante" y pública. Estas publicaciones se validan en una crítica a una prensa de partidos ("ni rojo, ni pelucón, ni nacional" declara ser **El Correo Literario** en su n. 4 del 31 de julio de 1864), coyunturalista y apasionada. Junto a los procesamientos estéticos, ellas dan cabida a una discusión que, según **La Semana**, debe ser "reposada, madura y responsable" (n.1, 21 de mayo de 1859).

Esta nueva regulación de la prensa se expresa también en publicaciones más estrictamente "periodísticas" en el sentido moderno, cercanas a la prensa comercial e informativa, tales como **La Voz de Chile** (1862), fundada por Manuel Antonio Matta, **El Independiente** (1864) donde descolló Zorobabel Rodríguez, llamado "el pequeño Veuillot", **La Libertad** (1866) y **Los Tiempos** (1877),

¹⁵. Sol Serrano : Universidad y nación. Chile en el siglo XIX, Editorial Universitaria, Santiago, 1993, p. 177.

dirigidas ambas por Justo Arteaga Alemparte ⁽¹⁶⁾. Estas publicaciones, como las mencionadas anteriormente, mantienen una relación algo menos incestuosa o más libre con los poderes, estructuran diseños discursivos, organizativos y materiales propios, sustituyendo la proclama o el a priori doctrinario por el argumento o el "raciocinio". Este se constituye en un importante nuevo guía autónomo y regulador, aunque paralelo a otras lógicas y afectado por sobresaltos provenientes de otras fuentes.

Esta prensa fractura la relación de dependencia directa que se mantenía con el gran proyecto político o con intereses políticos específicos (el vínculo de **La Voz de Chile** con el Partido Radical no deja a ésta en el papel de simple órgano), toma consciencia de sí, y se asume como un referente esencial en la formación y el desarrollo de una opinión pública activa o crítica de la cual forma parte. En estos periódicos la escritura se legitima, más en relación al derecho de manifestar el tipo de gobierno o las relaciones políticas que desean los ciudadanos, que en la atención preferente a los requerimientos propios de la construcción político-estatal. Lo que cambia es una distinta ubicación del sujeto escritural.

El Prospecto de **La voz de Chile**, del 5 de febrero de 1862, arroja luces sobre un aspecto importante del nuevo artefacto. Se señala que, aun en la línea del doble grito "¡ Reforma de la Constitución ; ! Convocación de una Asamblea Constituyente !", es hora ya que se pase, en el terreno de la prensa, de un tiempo de "guerra" a otro de "discusión". Por su parte, Guillermo Matta, en otro artículo importante, aboga por la "libre manifestación del pensamiento y su libre discusión", combatiendo "añejas preocupaciones" o "infundados espectros" en estas materias (7 de marzo de 1862). Estos dos artículos adquieren un sentido más preciso en su relación con "contingencias" cercanas, tales como el término de la guerra civil del 59 o el nuevo período político que se abre en el país con José Joaquín Pérez, marco importante para entender las nuevas realidades de la prensa periódica.

Lo que decimos no sólo se aprecia en las "editoriales" o en otros artículos donde se discuten y desmenuzan pacientemente opiniones : v. gr. **El Independiente** contestando paso a paso la reacción de **La Patria** (1863) a las ideas emitidas por el primero sobre intervención oficial en las elecciones (n. 10, 11 de marzo de 1864). Se ve también en el propio espaciamento del texto periodístico. Junto a la inclusión de noticias referentes a correos, ferrocarriles y bancos, informaciones sobre martilleros, aduana, agricultura o libros, la editorial sin firma (seguramente

¹⁶. El presente análisis no avanza más allá de la década del 70. Por ello no incluye el diario **La Epoca** (1881).

de Justo Arteaga Alemparte), el folletín con una narración de Alejandro Dumas y los avisos comerciales de la última página (que después aumentarán su extensión), un espacio importante del primer número de **La Libertad** (8 de diciembre de 1866) viene dedicado a reproducir noticias y opiniones de la prensa europea, americana y nacional, cuestión que en números siguientes se repite seleccionando extractos e intercalando comentarios o replicas. Una operación similar se da en **Los Tiempos** que tiene una sección titulada "Los Diarios" donde se hacen concurrir las opiniones de los periódicos sobre distintos tópicos. Si bien esto no ocurre tan sólo en estos periódicos, la presente disposición apunta en ellos a sentar las bases textuales mínimas (el "estado de la cuestión" y las diferencias) a partir de las cuales se puede llegar a

proposiciones fundadas, alejadas del capricho. Como si una confianza en la racionalidad de los individuos o en el ejercicio fundado de la ciudadanía se instalara en Chile.

A diferencia de lo que veíamos en la prensa-parapeto, la puesta en escena de la prensa "raciocinante" lleva a que ésta tome "consciencia de sí". Este repliegue, que se inicia efectuando una crítica a la prensa del período anterior ("órgano de las pasiones políticas, de los intereses egoístas" según **El Mosaico**, n.1, 21 de julio de 1860), se da en dos sentidos : en tanto referente necesario del nuevo espacio público en formación y en tanto dispositivo capaz de ofrecer una identidad no igualable a otras.

Desprendida de las grandes tareas de construcción u organización estatal, o de intereses o motivos circunstanciales, asociada antes bien a cuestiones "reguladoras" de la sociedad civil o política, o a la propia constitución de ésta, la nueva prensa "raciocinante" se topa ahora con sus propios límites y posibilidades : se hace consciente de unos modos, de unas autoridades discursivas, de unas tareas y de unos vínculos con un nuevo "mundo de lectores". La prensa deja el estado de "súbdito" y toma consciencia de su propio instrumento. Nuevos plexos estructurales entre prensa y poder se manifiestan con el advenimiento de la "autonomía" o de la "mayoría de edad" (Kant). Enredada en una vocación literaria o informativa, la nueva prensa toma posesión de sí en vínculo ahora con el desarrollo de un espacio de "hombres libres" conectados argumental y políticamente. Es Justo Arteaga Alemparte y sus largos artículos sobre el diarismo en la América española, publicados en **La Semana**, quien mejor administra este giro.

Advertencias

Quizá no esté demás señalar que los "modelos" que se han venido

exponiendo tienen que ver principalmente con principios de articulación y de legitimación de los emplazamientos y no con unas "visiones de mundo" que llevarían a diferenciar periódicos que aquí hemos unido. Más que atender a la "ideología" o a las tomas de posición de los periódicos respecto de determinados temas, me ha interesado describir el tipo de relación que se da entre éstos y el campo político, su mayor o menor grado de "autonomía", los componentes propios del "texto periodístico" así como las distintas modalidades de enunciación o subjetivas que caracterizan sus relaciones.

Una segunda advertencia se relaciona con la distribución sucesiva de "cortes", que podría obliterar el juego de proyecciones, superposiciones o mixturas, y también de coexistencias, que se dan

en la prensa del período. Quizá en otro artículo haya que examinar más la forma cómo se proyecta el rasgo "fundacional" en una prensa que, como la "literaria", también se reconoce en él. O el carácter predominantemente político que cruza, con sus más y sus menos, a buena parte de la prensa del período. O la superposición entre una prensa "raciocinante" y una otra comercial e informativa que, al igual que aquella, también mantuvo relaciones menos incestuosas con los poderes políticos. O la coexistencia de la tendencia "reguladora" con la "fundadora", en un cuadro más animado que el que podría suponerse.

Los señalados "cortes" no deben ser entendidos como discontinuidades radicales o como unas "epistemes" que no dejan nada detrás de sí después de sus pretendidos colapsos. No habría que remedar aquí el esquema de Las palabras y las cosas de Foucault. Son sí estructuraciones que soslayan una aproximación teleológica o necesaria, hacen emerger una multiplicidad de sujetos, e invitan a continuar el juego calidoscópico.

Santiago, 1996.